

Criterios de juicio (I)

Don Giussani ¿Por qué la Iglesia? Cuarta Parte, Capítulo II. 1. Unidad

Cuando rezamos «Creo en la Iglesia una...», no estamos afirmando solamente nuestra fe en la única Iglesia católica. Expresamos también una dimensión fundamental, que se debe verificar en la experiencia de la Iglesia, porque es el mayor documento de lo que ésta nos permite vivir. La unidad es la primera característica que tiene lo vivo, y el dogma de Dios uno y trino nos introduce una vez más en eso que una vida conscientemente vivida no puede dejar de evocar¹.

Pero, además, esa característica de vitalidad unitaria, que estamos llamados a verificar, proviene directamente de lo que Jesús nos ha revelado acerca de su ser y de lo que nos ha pedido para poder participar de su Presencia.

La tradición cristiana siempre ha recordado con solemnidad las palabras de Jesús que nos reporta el evangelio de Juan en lo que suele llamarse la oración de la Última Cena, pero que están ampliamente anticipadas en los discursos de despedida a los apóstoles. «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que todos sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado»². Y en la primera parte de la misma oración ya había dicho: «Guarda en tu nombre a éstos que me has dado, para que sean uno, como nosotros»³.

a) Unidad de la conciencia

Entendida en este horizonte, la característica de la unidad demuestra su fecundidad como «fruto», ante todo, si se manifiesta como unidad de conciencia, es decir, en una sencillez unificadora a la hora de percibir, sentir y juzgar la existencia. Esto lo debe poder encontrar en la Iglesia el hombre que busca con rectitud: una experimentada

¹ A su vez, el apoyo que nos ofrece el dogma -escribe De Lubac- nos permite confirmar y ampliar lo que empezaba a sugerirnos una primera reflexión sobre la experiencia. La unidad no es en manera alguna confusión, del mismo modo que la distinción no es separación. Lo que se opone está por ello mismo unido, y por el más vivo de los lazos, el de un mutuo llamamiento. La unión verdadera no tiende a disolver unos en otros a los seres que comprende, sino a completar los unos por los otros [...] 'Distinguir para unir', se ha dicho, y el consejo es excelente, pero en el plano ontológico la fórmula complementaria no se impone con menos fuerza: "unir para distinguir" (H. de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, op. cit., p. 232).

² Jn 17,21

³ Jn 17,11. Schnackenburg comenta: «La petición de guardar y santificar a sus discípulos, y el deseo de que estén unidos, confluyen en el único y gran deseo de que la comunidad de los discípulos [...] persevere en esa esfera divina que le ha sido descubierta por Jesús». Y observa: «Mientras Jesús estuvo con los discípulos, constituía para ellos el vínculo que les unía. Pero después de su partida también tienen que mantener la unidad, porque ésta es expresión y signo de la esencia divina». Porque dicha unidad «debe ser una unidad como la que hay entre el Padre y Jesús y una comunión con el Padre y el Hijo, una inmersión en la unidad de Dios y de Jesús». Y, finalmente: «Se trata aquí del fundamento primordial de la unidad de Dios que se manifiesta y obra en el amor [...] La unidad existente entre Jesús y el Padre no es solamente arquetipo y modelo, sino también fundamento vital y base para la realización de la unidad de los creyentes. Todas las explicaciones que piensan solamente en una paz o conciliación externa, en una unión horizontal, son insuficientes. Se trata de unidad fundada en Dios, que vive de su amor, infundida "desde lo alto", que además, ciertamente, compromete también a una unión fraternal. (R. Schnackenburg, en *Comentario teológico del Nuevo Testamento. El evangelio de Giovanni*, tercera parte, Paideia, Brescia 1981, pp. 288, 302, 306).

lucidez acerca del sentido de la existencia, dado que el principio a partir del cual nos juzgamos a nosotros mismos y al mundo es una Presencia única e inequívoca.

En esto reside la genialidad de la visión católica de la vida. Lo divino no tiene necesidad alguna en la Iglesia de negar nada para salvaguardar un planteamiento unitario: es una actitud de unidad que lo valora todo, sin escandalizarse de nada. Es decir, la Iglesia puede estar segura de que no tiene que olvidar ni renegar de nada para mantener su coherencia. «Porque tanto ha amado Dios al mundo que le ha dado su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvado por él»⁴

La unidad de visión interna que tiene la Iglesia procede, por lo tanto, de la sencillez con la que se adhiere a su misión, misión de salvación para la que se requiere un cuidado maternal y no una síntesis abstracta. «La Iglesia -exclama Guardini- aparece nuevamente llena de vida ante nosotros, y caemos en la cuenta de que ella es verdaderamente el Uno y el Todo»⁵.

Esa unidad en la actitud choca con todas las parcialidades posibles, desde el dualismo - la tentación insuperable de cualquier cultura- a las divisiones que llegan a teorizar incluso la disolución. La Iglesia está llamada a afirmar, y a demostrar, que el valor de un gesto reside en la medida que tenga de conexión con la totalidad. Y para esto necesitamos un claro criterio, tal como aparece en las palabras de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»⁶.

Esas palabras, destinadas a recapitular en una postura unitaria toda la existencia del hombre, llevan consigo una profunda posibilidad de *paz*. Naturalmente, esta paz, que deriva del criterio seguro sobre el cual construir el significado de la existencia, las relaciones que vinculan a cada cosa con el todo, no contradice ni evita la lucha, no es la quieta comodidad de una existencia sin tensión. Es el antídoto para la exasperación de la angustia humana y evita el intento farisaico al que se ve siempre arrastrado el hombre por su ansia de encontrar justificación teórica al modo de llevar su vida, justificación cuyo fruto podrá ser, todo lo más, una actitud imperturbable, dura y sin equilibrio, pero no la paz.

b) Unidad como explicación de la realidad

Dicha unidad de conciencia, al entrar en contacto con las cosas, con los hombres y los acontecimientos, tiende a comprenderlos orgánicamente, de un modo abierto a todas las posibilidades, adecuado a cualquier encuentro posible.

⁴ Jn. 3,16-17

⁵ R. Guardini, *El sentido de la Iglesia*, op. cit., pp. 34-35.

⁶ Jn. 14,6. Cementschnackenburg: «La respuesta que da Jesús es una revelación de la altísima certeza, una palabra soberana, que hasta el presente no ha perdido nada de su fuerza iluminadora [...] El "camino", en sí, sigue siendo una metáfora insólita para un apersona. Pero su significado resulta más claro cuando se añade que esta persona encarna "la verdad" y "la vida". Podría parecer casi una motivación; pero más bien es una explicitación. "Yo soy el camino, es decir, la verdad y la vida" [...] Esto significa en otros términos que Jesús. Al revelar la verdad que lleva a la vida y comunicar la verdadera vida a quien la acepta y la pone en práctica mediante la fe, conduce a todo el que cree en él a la meta de su existencia, "al Padre" y por eso se convierte en "el camino" para él». (R. Schnackenburg, en *Comentario teológico del Nuevo Testamento. El evangelio de Giovanni*, op. cit. P. 108).

De modo abierto y, por consiguiente, totalmente atento a vincular cada cosa con su fundamento, ya que -dice Pablo- «de Él, gracias a Él y para Él son todas las cosas»⁷.

Esta es la raíz de la visión cristiana de cualquier elemento de humanidad que se asome al horizonte de su atención, y de cualquier encuentro que le propongan las circunstancias de su existencia. Su criterio de interpretación unitaria de lo real, que no es un principio intelectual sino una Persona, le permite ser particularmente adecuado para el encuentro con realidades, incluso aparentemente muy distantes. Está llamado a no sentirse atemorizado, a afirmar al otro con un anhelo incansable de valorizarle; está llamado a saber enriquecerse con él, justamente como le sucede a un cuerpo sano que tiene una potente unidad orgánica, una verdadera personalidad. «¡Qué gran amor nos ha mostrado el Padre para ser llamados hijos de Dios, y lo somos realmente!»⁸

. Porque la personalidad del cristiano es, efectivamente, una personalidad verdadera, que participa de la divinidad. «Hijitos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con hechos y de verdad. Por eso conoceremos que hemos nacido en la verdad y calmaremos ante él nuestro corazón aunque este nos reproche lo que sea. Porque Dios es más grande que nuestro corazón y lo conoce todo»⁹. Y semejante participación se distingue por la certeza de que estamos confiados a quien es verdaderamente grande, verdaderamente comprensivo. Esta es la raíz que, con esa unidad de conciencia madura, se convierte en *unidad para comprenderlo e incluirlo todo*, constituye una actitud y un principio de *cultura* con la que resulta posible experimentar la *novedad*.

Porque la vida se experimenta mucho más como novedad cuando sucede algo que se espera, que por el hecho de que haya diferencia entre un momento presente y el pasado. La novedad reside también culturalmente en el descubrimiento de que hay correspondencia, cosa que sólo es posible si existe «antes» una esperanza, un deseo, una exigencia. Entonces la novedad es el cumplimiento de esa esperanza, la satisfacción de ese deseo, la respuesta a esa espera. Para el cristiano la novedad no está en el cambio como tal, sino en la transformación que se opera al aplicar ese principio unitario incluyente que consiste en que toda la creación «es misterio».

«La verdadera búsqueda -observa Guardini- está guiada por una imagen y tiene al mismo tiempo [...] la forma de la carencia y la necesidad. En realidad sólo se puede buscar lo que el deseo anticipa previamente, de modo que, más a fondo, el verdadero descubrimiento consiste en un tomar posesión, que hace que en el instante del encuentro verdadero se tenga también la sensación de que aquello “tenía” que suceder de aquella manera»¹⁰.

A hombre le educa esa unidad culturalmente válida, hasta alcanzar una verdadera madurez crítica, que expresa admirablemente Pablo en su carta a los Tesalonicenses: «Examinadlo todo y quedaos con lo que vale»¹¹.

La Iglesia está en condiciones de ofrecer, por consiguiente, una capacidad crítica que, por las raíces de las que brota, no puede hallarse en ninguna otra parte. Porque está anclada en una profunda y cordial familiaridad, que tiene por tanto una ausencia radical de extrañeza frente a las cosas y las personas: exige de por sí una apertura hacia todo, la capacidad de identificarse incluso con el que es hostil, el sentido del perdón y la conciencia de la victoria sobre la muerte.

⁷ Rm 11,36

⁸ 1Jn. 3,1

⁹ 1 Jn 3,18-20

¹⁰ R. Guardini, *L'inizio*, op. cit. P. 32.

¹¹ Cf. 1 Ts 5,21

c) Unidad en el planteamiento de la vida

Para la tradición de la Iglesia no existe, como hemos apuntando ya, ningún pensamiento por secreto que sea, ningún gesto por insignificante que sea, ningún acto por oculto que esté, que no sea un gesto responsable del universo, un gesto con valor eterno. De aquí brota el concepto de «mérito». La vida recibe su valor, en cada detalle mínimo, por la gracia que Dios otorga al hombre de ser colaborador de su presencia en la acción salvífica de su comunidad. Y así cualquier gesto adquiere una dimensión comunitaria: la acción es la manifestación, el fenómeno, de la personalidad; lo que mueve es su nexos profundo con la presencia de Cristo en el mundo. De modo que la comunidad se convierte así en fuente para la afirmación de la personalidad. Y la Iglesia atribuye valor propio -«mérito»- a la proporción que haya entre el gesto de la persona singular y la «gloria» de Cristo, es decir, el sentido del misterio comunitario que se vive como motivación. Todos los gestos tienen de esta manera valor eterno, en cuanto son gestos responsables del destino del mundo, en cuanto son expresión de un individuo que se vuelve factor decisivo para el sentido del universo.

Con esta unidad en el planteamiento de la vida, la comunidad, como misterio de comunión, se convierte en factor determinante del sentido de uno mismo, esto es, en origen de los propios actos y forma de nuestra personalidad. Es un planteamiento que exalta la personalidad hasta en sus más minúsculos aspectos expresivos.

Jamás se ven tan valoradas la vida y la responsabilidad personales como en esta visión del hombre y de la comunidad.

En esta unidad de la personalidad y la comunidad queda asumida también la naturaleza física. Paradigma supremo de esa asunción es, en la Iglesia, la liturgia, que, escribe Guardini, «es íntegramente realidad»¹². «Ella abarca todo cuanto existe... todos los contenidos y acontecimientos de la vida»¹³, por ello «es la creación redimida y orante»¹⁴. Una admirable expresión de la liturgia, vivida como creación orante, como redención del tiempo y el espacio, por medio de la conciencia que tiene la nueva personalidad, se encuentra en uno de los himnos de san Ambrosio que se reza en la liturgia ambrosiana de las Horas:

«Acoge nuestras alabanzas
oh Creador eterno de las cosas
que, alternando día y noche,
haces más variado y grato nuestro tiempo.
La noche reina en la altura
y ya se escucha el canto del gallo,
alegre presagio de luz
para el ansia del caminante.

Brota entonces y nace por oriente
la estrella de la mañana palpitante,
se escabulle una multitud de vagabundos
abandonando los callejones del mal.

¹² R. Guardini, *El sentido de la Iglesia*, op. cit. Cf. Tr. P. 37.

¹³ Ib.

¹⁴ Ib. P. 39

El gallo canta. Su voz aplaca
el furioso fragor de las olas;
y Pedro, roca fundante de la Iglesia,
su culpa limpia con lágrimas amargas.

¡Ea! levantémonos animosos y prontos:
a todos despierta la llamada del gallo,
acusa a los indolentes que se atrasan
bajo los mantos durmiendo todavía.

El gallo canta. Vuelve la esperanza:
el enfermo siente refluir su vida,
el sicario esconde su puñal,
la fe revive en los perdidos.

Señor Jesús, míranos piadoso
cuando, tentados, vacilemos inciertos:
si tú nos miras, desvaneces las manchas
y el pecado se deshace en llanto.

Tú, verdadera luz, brillas en los corazones
y dispersas la torpeza del alma:
a ti entonan los labios devotos
la primicia santa de los cantos»¹⁵.

Eco de la liturgia en toda nuestra jornada, del misterio vivido, es el concepto cristiano del *trabajo*, expansión del misterio de la salvación en cada momento y en cada actividad, dentro del contexto de nuestra personal función y situación.

El trabajo es el intento que lleva a cabo el hombre de llenar de sí el tiempo y el espacio, con su proyecto, con sus ideas. Para el cristianismo el trabajo humano es un lento comienzo del dominio del hombre sobre las cosas, de un gobierno al que aspira realizando la imagen de Dios, «el Señor». La realidad física era originalmente el instrumento con el cual se realizaba el Espíritu de manera transparente, directamente orientada a su finalidad. Para la tradición cristiana, a partir de la ilusión de la autonomía del hombre (el pecado original), la realidad se tornó ambigua, y por lo tanto, se convirtió incluso en obstáculo para la expresión del Espíritu. Jesucristo es el instante de la historia en que la realidad cesa de ser ambigua y vuelve a convertirse de manera gloriosa en conducto hacia Dios. Jesucristo es el punto en el cual historia y universo recuperan su verdadero significado. Pues bien, la comunidad cristiana prosigue esta redención; ya hemos visto cómo la realidad constituye en los sacramentos un puro conducto hacia Dios,

¹⁵ *Liturgia Ambrosiana delle Ore, vol. I, Tempo di Avvento e di Natale*, Edizioni Piemme-Centro Ambrosiano di Documentazione e Studi Religiosi, Casale-Monferrato (AL)-Milán 1988, pp. 821-822. Cf. el texto latino en Sann Ambrosio, «Ad galli cantum», in *Inni – Iscrizioni – Frammenti*, biblioteca Ambrosiana – Citta Nuova Editrice, Milán – Roma, pp. 30ss.

en cuanto que contiene lo que significa y da lo que promete. Por eso en la liturgia la materia vuelve a resultar amiga del hombre, se desarrolla la obra de la redención y el universo retorna a su origen.

Todo el resto resulta todavía ambiguo, incluidos nosotros ante nosotros mismos, pero, a medida que nos sumergimos en el gesto sacramental, nuestra humanidad se ve acompañada hacia ese momento en que el hombre estará otra vez en su lugar en el mundo, es decir, delante de Dios y feliz. Esto ya ha sucedido en la historia y nos sucederá también a nosotros. Aconteció en el momento de la resurrección de Cristo: tanto es así que las leyes físicas ya no fueron para Él obstáculo en ningún momento, sino que eran constantemente un sencillo instrumento para manifestar su presencia. Pero esto es una profecía de lo que nos sucederá al final a todos con la resurrección de la carne.

Pues bien, la colaboración del hombre en la tarea de la comunidad que comunica la obra redentora de Cristo mediante los sacramentos es el trabajo. El trabajo, con su esfuerzo lento y fatigoso, es el precio que paga el hombre por su redención, es colaboración para que se dilate el amanecer de la resurrección en todas las relaciones creativas que vive el hombre con el tiempo y el espacio.

El trabajo es, en la concepción que tiene de él el hombre cristiano, un reflejo siempre crepuscular de la liturgia en el cosmos entero. Bajo la gracia operante del plan de Dios, de su designio, el trabajo llena el espacio que hay entre la resurrección de Cristo y la resurrección final.

El trabajo es un camino señalado todo él por esa manifestación de la presencia de Dios que la tradición de la Iglesia llama *milagros*. El milagro es un paradigma ideal para el esfuerzo del hombre en el trabajo: es una profecía del resultado final. Aquí no entendemos por milagro esa excepcionalidad que parece desafiar a las leyes de la naturaleza, sino una cotidianidad que hace que la ambigüedad de la naturaleza retorne con claridad a su finalidad. Entendemos por milagro la redención que comienza a desvelarse en un ámbito determinado. Si la Iglesia es verdaderamente Cristo presente, entonces, del mismo modo que Cristo fue reconocido por sus señales, también la Iglesia tiene que caracterizarse por esas mismas señales, los milagros. El milagro es un acontecimiento, una realidad que se mueve y que llama irresistiblemente al hombre creado hacia su Destino, hacia Cristo, el Dios vivo.